

plaza pública para la edición del 16 de enero de 1992

" Ha estallado la paz

" El Salvador en México

miguel ángel granados chapa

Doble significado tendrá la rumbosa ceremonia que este mediodía tendrá lugar en el castillo de Chapultepec, destinada a tener una clase de efectos a muchos kilómetros de distancia, en El Salvador, pero otros a tiro de piedra, en la residencial presidencial de Los Pinos.

En la antigua casa de los presidentes mexicanos (que lo fue también del archiduque Maximiliano), serán firmados los protocolos que se espera pongan fin a una mortífera contienda fraterna en aquel país centroamericano. Iniciada en 1980, la batalla de El Salvador ha cobrado decenas de miles de víctimas, no sólo en acciones bélicas sino también como víctimas de bárbaros atentados. Dos que inevitablemente saltan a la conciencia cuando se hace el resumen mental de los acontecimientos, pero que distan de ser los únicos, son el asesinato en la catedral, en que cayó el obispo Romero, que hubiera podido ser una fuerza en favor de la paz; y la bárbara masacre en que cayeron seis sacerdotes jesuitas y dos de sus sirvientes.

La contienda ha enfrentado a un Ejército excesivamente inclinado a ingerirse en la vida civil y dotado de un poder físico y político que lo convierte en el contralor de los poderes instituidos, que además se vale del terrorismo paramilitar en la realización de acciones que ni siquiera en una guerra de guerrillas son permisibles. En el otro lado, las tropas del Frente de Liberación Nacional Farabundo Martí, nombre de un héroe de la resistencia anticastrense de los años treintas. Mediante la combinación de acciones de masas a través de agrupaciones de obreros y campesinos, y una oscilante pero en ascenso actividad militar, la insurgencia no consiguió derrotar al Ejército, pero evitó ser vencida, con lo que se hizo inevitable un desenlace político. Adicionalmente a las eviencias de la fuerte presencia guerrillera, manifestadas en el dominio de extensas zonas del país, la situación internacional conspiró contra los militares maximalistas que intentaban a todo costo extirpar la rebeldía popular. Una vez que el sandinismo cayó en Nicaragua y se ha debilitado extremosamente el gobierno de Cuba, el de Washington sintió la posibilidad de no apoyar en todo trance al Ejército salvadoreño, dueño de una cada vez peor imagen internacional por su brutalidad. Obraron para conseguir este efecto, también, las necesidades políticas y financieras del presidente Alfredo Cristiani, de extrema derecha, para el cual la guerra se hacía insostenible al paso que el país era ingobernable. Todo eso reunido permitió una eficaz mediación del secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuellar, que dio velocidad a los sinuosos pero persistentes acercamientos de las partes en busca de la paz, cuyo pacto se alcanzó en Nueva York el último día de 1991. Ahora, en Chapultepec, se firmarán los acuerdos concretos respectivos.